

BIBLIOTECA



Gustav Meyrink
**LA ESFERA
NEGRA**

Z I G - Z A

Los cuentos que figuran en el presente volumen son una selección de las siguientes obras de Gustav Meyrink, publicadas por Albert Langen en Munich: «*Der heise Soldat*» (1903), «*Orchideen*» (1904) y «*Das Waschfigurenkabinett*» (1907). Fue consultada además, la edición completa aparecida en 1913, en la misma editorial, bajo el título «*Des Deutschen Spiessers Wunderhorn*».

Introducción

En la literatura expresionista alemana, y dentro del grupo de novelistas de lo fantástico, género que tan excelentes obras nos ofrece entre los escritores germanos, Gustav Meyrink representa un fenómeno aparte. Epígono de E. T. A. Hoffmann, Meyrink cultivó una literatura de inclinación ocultista, brillante y confusa a la vez, bordeando con turbada maestría los senderos más oscuros de la imaginación, con el ansia metafísica de lo incognoscible. Sus grandes novelas («*El Golem*», «*El Semblante Verde*», «*La Noche de Walpurgis*», «*El Dominicó Blanco*») le sitúan muy cerca de E. A. Poe, Barbey d'Aurevilly, Villiers de l'isle-Adam, Gérard de Nerval, Huysmans, Przybys-Zeivski, y de las últimas obras de Guy de Maupassant.

Nació Meyrink en Viena el año 1868, y sus escritos comenzaron a publicarse a principios de este siglo. Sus cuentos son heterogéneos, extraños, misteriosos, de singular estilo y poder de expresión, y en ellos se revelan los dos aspectos más fuertes de su personalidad literaria. Por una parte, el escritor despiadadamente satírico, mordaz, frecuentemente ingrato a los poderes públicos, enemigo mortal de la falsa autoridad, de la burocracia, del militarismo germánico, de las frases hechas que, con apariencia de consignas patrióticas y promesas de triunfo, suelen emponzoñar a los pueblos. Meyrink fustigó sin compasión a instituciones que, tanto en Austria como en Alemania, gozaban de privilegio y veneración. Combatió la inepticia administra-

tiva, el orgullo guerrero, la presunción de la oficialidad austríaca y el abrumador poderío de la disciplina prusiana. Para esto trazó, en muchos de sus cuentos, verdaderas caricaturas de rasgos profundamente humorísticos, crueles a veces, despectivos en otras ocasiones, en las que pintó a los representantes del militarismo alemán con una inmisericorde burla. De estos cuentos satíricos figuran en esta selección algunos de los más famosos, que recobran hoy una actualidad indudable, al sobrevenir el fracaso de las teorías y prácticas que condujeron al mundo a una tragedia sin precedentes, y cuya prepotencia es rechazada hoy en día hasta por los más prominentes militares de las naciones victoriosas.

Otro aspecto de los cuentos de Meyrink, representado también en esta selección, es aquel en que predomina el sentido oculto, confuso y generalmente lleno de misteriosa emoción, del anhelante y desorientado buscador de razones trascendentales, aficionado a lucubraciones misteriosas y que trata de penetrar en las zonas del más allá, logrando visiones trágicas y cuadros tenebrosos que producen una violenta impresión en el lector.

La sátira, el humorismo y la tragedia, símbolos que caracterizan la obra de Gustav Meyrink, están representados en esta selección de sus cuentos, que en su mayor parte aparecen ahora por vez primera en lengua castellana.

LA ESFERA NEGRA

La noticia llegó al principio como una leyenda, un rumor. De Asia penetró a los centros de cultura occidentales, y decía que en Sikkhim, al Sur del Himalaya, unos penitentes totalmente incultos y semibárbaros, los llamados *gosaines*, habían hecho un descubrimiento realmente fabuloso.

Aunque los diarios anglo-hindúes publicaron el rumor, parecían estar peor informados que los rusos, pero los entendidos no se extrañaban de ello, pues es sabido que Sikkhim elude con asco a todo lo inglés.

Ese sería, sin duda, el motivo por qué el misterioso descubrimiento llegase a Europa dando rodeo a través de San Petersburgo-Berlín.

A los círculos científicos de Berlín por poco les dio el baile de San Vito al serles presentados los fenómenos.

La gran sala, destinada exclusivamente a conferencias científicas, estuvo totalmente llena.

En el centro, sobre un estrado, estaban los dos experimentadores hindúes: el *gosain* Deb Shumsher Dshung, con la cara hundida, cubierta de sagrada ceniza blanca, y el moreno brahmán Radshendralamitra, sólo identificable como tal por el delgado cordel de algodón que le colgaba sobre la mitad izquierda del pecho.

Desde el techo de la sala pendían de alambres, a la altura de un hombre, matraces químicos de vidrio en los que podían verse huellas de un polvo blancuzco, presumiblemente yoduros, según explicaba el intérprete.

Entre el silencio del auditorio el *gosain* se acercó a uno de los matraces, ató una delgada cadenilla de oro al cuello del recipiente y enlazó los extremos alrededor de las sienas del brahmán. Después se puso detrás de aquél, lanzó los brazos y murmuró los *mantrams*, fórmulas mágicas, de su secta.

Las dos ascéticas figuras parecían estatuas, con esa inmovilidad que sólo se encuentra en los arios asiáticos cuando se entregan a sus meditaciones religiosas.

Los negros ojos del brahmán miraban fijamente al «matraz. La multitud estaba como hechizada.

Muchos tuvieron que cerrar los ojos o mirar a otra parte para no desmayarse. La visión de tales figuras petrificadas tiene algo de hipnótico, y más de uno preguntó en un susurro a su vecino si no le parecía a él también que la cara del brahmán se desvanecía a veces, como envuelta en niebla.

Esta impresión, sin embargo, la producía tan sólo el aspecto del signo sagrado del *Tilak* sobre la oscura piel del hindú, una gran U blanca, que todo fiel lleva en la frente, el pecho y los brazos, como símbolo de Vichnú, el sostenedor.

De súbito brilló en el matraz de vidrio una chispa que hizo explotar la pólvora. Un instante: humo, después apareció en el frasco un paisaje indio de indescriptible belleza. ¡El brahmán había proyectado sus pensamientos!

Era el Tadj-Mahal de Agrá, aquel castillo encantado del Gran Mogol Aurungzeb, donde éste hizo encerrar a su padre hace cientos de años.

La construcción de la cúpula, de un blanco azulenco como nieve cristalina —con esbeltos alminares a los lados—, de un esplendor que obliga al hombre a ponerse de rodillas, se reflejaba en una infinita vía de agua reluciente, entre cipreses mecidos por el ensueño.

Una imagen que despierta una oscura nostalgia de campiñas olvidadas en el hondo sueño de la transmigración de las almas.

* * *

Rumor de voces de los espectadores, asombro e interrogación. El frasco fue destapado e iba de mano a mano.

—Tales imágenes del pensamiento fijadas se mantienen durante meses —tradujo el intérprete—, sobre todo por proceder de la inmensa fuerza de imaginación permanente de Radshendralamitra. Las proyecciones de los cerebros europeos, en cambio, no tienen ni aproximadamente tal duración ni esplendor de colorido.

Se hicieron muchos más experimentos todavía, y en parte fue de nuevo el brahmán, en parte éste u otro de los sabios solicitados que se anudaba la cadenilla alrededor de las sienes.

Sólo las proyecciones de la imaginación de los matemáticos fueron realmente claras; bastante extraños fueron, en cambio, los resultados salidos de las cabezas de las lumbresas de la jurisprudencia. Y la esforzada proyección del pensamiento del famoso profesor de psiquiatría, consejero de Sanidad, Chacharero, causó general asombro. Incluso los solemnes asiáticos se quedaron con la boca abierta: una cantidad increíble de migas incoloras, seguidas de un conglomerado de grumos y carámbanos desvaídos, se habían formado en el matraz mágico.

—Parece ensaladilla rusa —dijo, desdeñosamente, un teólogo, que por precaución se abstuvo de participar en los experimentos.

Sobre todo en el centro, donde, según lo subrayó el intérprete, se precipitaban, en los pensamientos científicos, las imágenes relativas a la física y la química, había una materia gelatinosa del todo.

Los hindúes no se dejaron inducir a dar explicaciones acerca de cómo se producían propiamente los fenómenos. «Más tarde, más tarde», decían en su alemán chapurrado.

* * *

Dos días más tarde hubo otra presentación de los aparatos —esta vez semipopular— en otra metrópoli europea.

De nuevo la tensión del público, el aliento suspendido y las mismas exclamaciones de admiración, cuando, bajo la influencia del brahmán, apareció la imagen de la extraña fortaleza tibetana Taklakot.

De nuevo siguieron las proyecciones del pensamiento de los notables de la ciudad que, más o menos, no decían nada.

Los médicos sonreían con superioridad, pero esta vez fueron inmovibles en su negativa de trasegar su imaginación a la botella.

Cuando, finalmente, se acercó un grupo de oficiales de la milicia, todo el mundo les hizo sitio respetuosamente. ¡Vaya, es natural!

—Qué te parece, Gustavín, si pensaras algo —dijo un teniente, con peinado de raya, engominado, a su compañero.

—No, hombre, con todos estos civiles por aquí...

—Pero, caballeros, uno de ustedes... —les conminó, irritado, el mayor.

Un capitán salió al frente:

—A ver, usted, intérprete, ¿se puede pensar algo ideal? ¡Me gustaría pensar algo ideal!

—¿Y qué será, mi capitán? («A ver, a ver, lo que piensa la fuerza armada», gritó uno de la multitud.)

—Bueno —dijo el capitán—; pues nada, que voy a pensar en las disposiciones del nuevo código de honor. ¡Esto es!

—Ejem —el intérprete se sobaba la barbilla—. Ejem, yo, ejem, yo pienso, mi capitán, ejem, que las botellas, ejem, no sean tal vez lo bastante resistentes para esto.

Un teniente primero se abrió paso:

—Entonces, déjeme a mí, compañero.

—Sí, sí, que vaya Kátchmatchek —gritaron todos—. Es un pensador de primera.

El teniente primero se anudó la cadenilla alrededor del cráneo.

—Por favor —el intérprete, turbado, le alcanzó un paño —, por favor..., es que la gomina actúa como aislante.

Deb Shumsher Dshung, el *gosain*, con su taparrabo rojo y la cara embadurnada de blanco, se puso detrás del oficial. Parecía aún más lúgubre que en Berlín.

Después levantó los brazos.

Cinco minutos...

Diez minutos..., nada.

El *gosain* apretó los dientes con el esfuerzo. Gotas de sudor le corrían por la cara.

¡Ahora! Por fin. La pólvora, ciertamente, no hizo explosión, pero una esfera de color negro terciopelo, del tamaño de una manzana, flotaba libremente dentro del frasco.

—Este chisme no sirve para nada —se disculpó, con una risa forzada, el oficial, y descendió del estrado.

La multitud bramaba de risa.

El estupefacto brahmán tomó el frasco. ¡Ahí va! Apenas lo miró cuando la esfera que flotaba adentro tocó la pared de vidrio. Esta saltó al instante, y los cascotes, cual atraídos por un imán, volaron hacia la esfera para desaparecer en ella sin dejar rastro.

Ahora el cuerpo redondo de color negro terciopelo flotaba libremente, inmóvil, en el espacio.

Propiamente dicho, la cosa no parecía en absoluto una esfera, y daba, más bien la impresión de un agujero. Y, en realidad, no era otra cosa que un agujero.

Era la «nada» absoluta, matemática.

Lo que ocurrió después no fue sino el fenómeno necesariamente consecuente de esa «nada». Toda cosa colindante con esa «nada» se precipitaba inexorablemente

adentro, para convertirse a su vez en «nada», es decir, desaparecer sin dejar rastro.

Efectivamente se produjo en seguida un fuerte zumbido, que cobraba una violencia cada vez mayor, ya que el aire de la sala era absorbido por la esfera. Trozos de papel, guantes, velos de señora, todo lo arrastraba consigo en la succión.

Y cuando uno de los militares pinchó la misteriosa esfera con su sable, la hoja desapareció como si se hubiese fundido.

—Esto pasa de castaño oscuro —exclamó el mayor, a la vista de ello—. Esto no lo puedo tolerar. Vámonos, señores, vámonos. Por favor.

—¿Y qué es lo que has pensado, Kátchmatchek? —preguntaron los caballeros al abandonar la sala.

—¿Quién, yo? Bueno..., lo que uno puede pensar así...

* * *

La multitud, que no sabía explicarse el fenómeno y sólo oía el terrorífico zumbido que crecía sin cesar, se apretujaba, asustada, junto a las puertas.

Los únicos que se quedaron fueron los dos hindúes.

—Todo el universo que Brahma creara, que Vichnú sostiene y Siva destruye, se precipitará, poco a poco, en esta esfera —dijo, solemnemente, Radshendralamitra—. ¡Es la maldición de haber ido a los países del Occidente, hermano!

* * *

—¿Qué importa? —murmuró el *gosain*—. Una vez hemos de llegar todos al reino negativo del ser.

ENFERMO

La sala de espera del sanatorio estaba concurrida, como siempre; todo el mundo permanecía quieto, esperando a la salud.

La gente no se hablaba por temor de oír la historia de la enfermedad del otro, o dudas acerca del tratamiento.

Todo era indeciblemente desolado y aburrido, y las insulsas sentencias y máximas, fijadas en letras negras de brillo sobre cartulinas blancas, obraban como un emético.

Junto a una mesa, enfrente de mí, estaba sentado un chico, al que yo miraba sin cesar, pues de otro modo tendría que colocar la cabeza en una postura aun más incómoda.

Vestido con mal gusto parecía infinitamente estúpido, con su frente baja. En sus bocamangas y pantalones puso la madre adornos de encaje blancos.

* * *

El tiempo pesaba sobre todos nosotros, nos succionaba como un pulpo.

No me extrañaría si de pronto toda esa gente se levantara de un salto y, sin motivo justificado, lo destruyese todo —mesas, ventanas, lámparas—, como un solo hombre delirante.

El porqué yo mismo no obraba así me resultaba, en verdad, inexplicable; probablemente dejé de hacerlo por te-

mor de que los demás no me secundaran al mismo tiempo, y de que tuviese que volver a sentarme, avergonzado, después.

Volví a mirar los adornos de encaje blancos y sentí que el tedio se había hecho aún más torturador y deprimente. Tuve la sensación de soportar en la cavidad bucal una gran esfera gris de caucho, que se hacía cada vez más grande y me estaba desplazando el cerebro.

En tales momentos de desolación, incluso la idea de cualquier cambio le causa a uno horror.

El chico iba alineando fichas de dominó en su estuche, pero las sacaba de nuevo con un miedo febril, para volverlas a colocar de otro yodo. Pues, aunque no le sobraba ninguna ficha, el estuche seguía sin llenarse del todo; como él lo esperaba, le faltaba todavía una hilera entera para llegar al borde.

Por fin agarró violentamente el brazo de su madre, señaló con fiera desesperación aquella asimetría, y balbució solamente:

—¡Mamá, mamá!

La madre estaba, precisamente, conversando con su vecina acerca de las sirvientas y otras cosas serias por el estilo, que conmueven el corazón femenino, y dirigió una mirada sin brillo, como un caballo de balancín, al estuche.

—Pon las fichas de través —dijo, finalmente.

En la cara del niño brilló un rayo de esperanza, y de nuevo se puso a la obra con voluptuosa lentitud.

Otra vez transcurrió una eternidad.

Junto a mí crujió un periódico.

Otra vez las máximas se me metieron por los ojos, y me sentí próximo a enloquecer.

¡Ahora! ¡Ahora! La sensación me llegó desde afuera, me saltó a la cabeza, como el verdugo.

Miré fijamente al chico: la cosa venía de él. El estuche estaba lleno ahora, pero, ¡sobraba una ficha!

El chico por poco arrastró a la madre de la silla. Esta, que estaba ya de nuevo hablando de criadas, se levantó y dijo:

—Ahora vamos a la cama, ya has jugado bastante.

El chico no profirió una palabra, sólo miraba alrededor con los ojos dementes, la más salvaje desesperación que jamás había visto.

Me revolví en mi sillón y crispé las manos. ¡Me había contagiado!

Los dos salieron, y vi que afuera estaba lloviendo. Ya no sé más cuánto tiempo quedé sentado todavía. Soñé con todas las tristes experiencias de mi vida; me miraban con ojos negros de dominó, como si buscaran algo indefinido, y yo quería alinearlas en un ataúd verde, pero siempre sobraban o faltaban algunas.

LA MALDICIÓN DEL SAPO - MALDICIÓN DEL SAPO

Amplio, moderadamente movido y grave.
«*Los Maestros Cantores*».

Sobre el camino de la pagoda azul brilla caluroso el sol indio — caluroso el sol indio.

La gente canta en el templo y cubre a Buda con flores blancas, y los sacerdotes rezan solemnemente: *om maní padme hum; om maní padme hum*.

El camino desierto y abandonado: hoy es día de fiesta.

Las largas gramíneas de *kusha* formaron una espaldera en los prados junto al camino de la pagoda azul — al camino de la pagoda azul. Las flores todas esperaban al milpiés que vivía más allá, en la corteza de la venerable higuera.

La higuera era el barrio más distinguido.

«Soy la venerable —había dicho de sí misma— y con mis hojas pueden hacerse taparrabos — pueden hacerse taparrabos».

Pero el gran sapo, que siempre estaba sentado en la piedra, la despreciaba por estar arraigada, y los taparrabos tampoco le importaban gran cosa. Y en cuanto al milpiés, lo odiaba. No podía devorarlo, porque era muy duro y tenía un jugo venenoso — jugo venenoso.

—Por eso lo odiaba — lo odiaba.

Quería destruirlo y hacerlo desdichado, y durante toda la noche estuvo celebrando consultas con los espíritus de los sapos muertos.

Desde el amanecer estaba sentado en la piedra y esperaba y daba a veces golpecitos con la pata trasera — golpecitos con la pata trasera.

De vez en cuando escupía sobre las gramíneas de *kusha*.

Todo estaba silencioso: las flores, los escarabajos y las gramíneas. Y el vasto, vasto cielo. Pues era un día de fiesta.

Sólo las ranas en la charca —las impías— cantaban canciones sacrílegas:

*Me cisco en la flor de loto,
Me cisco en mi vida.
Me cisco en mi vida,
Me cisco en mi vida...*

En eso algo brilló en la corteza de la higuera y corrió, reluciente, tronco abajo, como una sarta de perlas negras. Se volvió coquetamente, levantó la cabeza y jugueteó danzando en la luz fulgurante del sol.

El milpiés — el milpiés.

La higuera batió las hojas de pura fruición, y las gramíneas de *kusha* susurraron extasiadas — susurraron extasiadas.

El milpiés corrió hacia la piedra grande: ahí estaba su pista de baile, un claro arenoso — claro arenoso.

Y dio vueltas y más vueltas en círculos y haciendo ochos, que todo el mundo cerró deslumbrado los ojos — cerró deslumbrado los ojos.

En esto dio el sapo, la señal y por detrás de la piedra avanzó su hijo mayor, y con una profunda reverencia le entregó al milpiés un escrito de su padre. El milpiés tomólo